

Límites de la nación

Alvaro Fernández Bravo

GRIMSON, Alejandro. *La nación en sus límites: contrabandistas y exiliados en la frontera Argentina-Brasil*. Barcelona: Gedisa, 2003.

Los estudios comparados de las culturas argentina y brasileña han recibido un impulso creciente en los últimos años, y *La nación en sus límites* es una contribución original y provocativa en esa dirección. Partiendo de un estudio de campo de la frontera argentino-brasileña de Paso de los Libres-Uruguayana, la investigación despliega una historia de la formación de identidades locales y los procesos de nacionalización del espacio fronterizo, articulada desde una perspectiva etnohistórica. La provincia de Corrientes en Argentina y el estado de Río Grande do Sul en Brasil comparten una condición periférica respecto de los centros políticos de sus países, a la vez que son regiones donde el Estado funcionó como el principal agente nacionalizador. Durante el siglo XIX hasta la Guerra del Paraguay, sostiene Grimson, la frontera tuvo una porosidad comprensible por varias razones. La inestabilidad política es la primera de ellas: en Brasil, las pulsiones secesionistas de Río Grande do Sul y en Argentina las guerras civiles, hicieron que la frontera tuviera un uso político interno y local. Mientras las identidades regionales fueron más importantes que las nacionales, la frontera sirvió de refugio a los opositores que la cruzaban para buscar asilo cuando su fuerza política decrecía, y volvían a cruzarla cuando la coyuntura lo permitía. En contextos políticos de fuertes enfrentamientos, los opositores empleaban la orilla vecina como base de operaciones. El nombre de Paso de los Libres, proviene precisamente de una acción militar que derrocó al gobernador rosista de Corrientes y es un homenaje al cruce de los libertadores.

En segundo lugar, la condición marginal de las ciudades estudiadas dentro de sus propias unidades políticas, con-

vertía el vínculo entre ellas en una poderosa fuerza de atracción recíproca. El comercio, el contrabando y el intercambio de bienes y servicios las fortalecía mutuamente y, paradójicamente, al unir las, les permitía afianzar su propio peso dentro de las unidades políticas donde estaban insertas. La importancia de las provincias y ciudades durante el período colonial y el siglo XIX, sumadas a la lenta consolidación del Estado como fuerza hegemónica, hicieron que la frontera fuera una zona de contacto e intercambio. Antes que una línea fija de separación, la frontera operó como un dispositivo forjador de identidades locales, pero sobre todo fue empleada con propósitos distintos a los asignados por los Estados nacionales en las políticas de control territorial.

A comienzos del siglo XX el intercambio comercial entre Brasil y Argentina aumentó. Brasil se convirtió en un cliente importante para las exportaciones argentinas. En ese momento, el comercio internacional beneficiaba a las poblaciones vernáculas, que obtenían un porcentaje del valor intercambiado o lucraban por la diferencia de precios relativos o las disparidades estructurales: los brasileños compraban harina, aceite o alimentos en Argentina, los argentinos café, tabaco o cachaça en Brasil. Sin embargo, el tráfico era percibido con desconfianza desde las capitales. El contrabando, señala Grimson, es una operación que desafía el control estatal. Resulta elocuente, en este sentido, la historia del puente que unió Paso de los Libres y Uruguayana. Reclamado por los habitantes de ambas ciudades en los años 30, su construcción demoró más de 10 años y fue inaugurado en 1945, cuando la Segunda Guerra Mundial había terminado. La posición opuesta de la Argentina y Brasil durante la gue-

rra (neutralidad y alineamiento con los Estados Unidos, respectivamente), demoró la construcción, alimentada por la desconfianza mutua entre Buenos Aires y Río de Janeiro. No obstante, la inauguración del puente no generó mayor fluidez en las relaciones fronterizas como lo esperaban los habitantes de la frontera.

El puente produjo un incremento del tráfico (en muchos casos, como el de las farinheiras brasileñas, un contrabando hormiga) y simultáneamente, una mayor voluntad de control por parte del Estado. Durante estos años, que coinciden con el predominio en Brasil de una imagen de la Argentina como un país rico y europeo, proveedor de alimentos (granero del mundo), el tráfico predominó en la dirección Argentina-Brasil y el control estatal buscó interrumpirlo. Así, el estereotipo de la Argentina como país rico (y sobre todo, durante el peronismo, con una clase obrera próspera) se fortaleció, pero también alcanzó un punto de inflexión. A medida que la industrialización brasileña se volvió más exitosa, sería Brasil el mercado para el contrabando hormiga. Las farinheiras serían reemplazadas por las chiveras argentinas, que sumaron al tradicional café, los productos manufacturados de origen brasileño, en particular electrodomésticos. El estereotipo comenzaría a invertirse, asociando al Brasil con la prosperidad y el progreso, y a la Argentina con una decadencia irremediable.

Las imágenes nacionales en cada caso son uno de los aspectos más sugerentes del estudio. Del mismo modo que la frontera, esas imágenes no permanecen inalteradas, sino que acompañan las vicisitudes políticas de cada país. Argentina aparece como más rica y exitosa hasta promediar el siglo XX. Luego, esta imagen se invierte, y Brasil comienza a ser percibido como más floreciente y moderno.

El libro procura discutir teorías de la frontera en dos niveles. Por un lado, ataca las posiciones que alegan su "artificialidad" para postular una presunta identidad común entre los pueblos situados a cada lado del límite internacional. No todo es imaginado en

las comunidades sostiene Grimson, sino más bien resultado de procesos históricos complejos. Los habitantes de Uruguayana, por ejemplo, parecen poseer una identidad gaúcha muy nítida, que rivaliza incluso con su identificación nacional, mientras los libreños se identifican más con la ciudad que con la provincia y, por su origen más diverso y sus vínculos con el Estado nacional, predomina la filiación nacional sobre la provincial. Asimismo, la violencia estatal de los años 70, convirtió a la frontera en recurso de supervivencia para exiliados políticos, dotándola de un espesor peculiar y una función antiestatal. La frontera no es un mero artificio del poder central, arguye Grimson, sino que es articulada en un contexto específico. Sin embargo, una perspectiva excesivamente empírica impide una teorización más audaz de los objetos, las imágenes y la dimensión simbólica de la frontera.

¿Cómo entender el desafío de las contrabandistas mujeres, chiveras y farinheiras, a la autoridad de un Estado falocéntrico? ¿Cuál es el impacto de la frontera y los márgenes en la formación de las autoimágenes nacionales? ¿De qué modo se negocian las imágenes cambiantes, de pobreza a progreso, de nación a región, en relación con la percepción más allá de la frontera? Los libreños son alternativamente identificados por los uruguayanaenses como hombres, blancos, europeizados y ricos (estereotipo argentino, circa 1950) o como correntinos, pobres, brutales y comparados a los nordestinos brasileños. Los uruguayanaenses, son alternativamente asociados con la pobreza, los negros, las mujeres o, más contemporáneamente, al éxito económico y al progreso. Estas imágenes contradictorias y cambiantes merecen ser indagadas en el imaginario —que no tiene nada

de artificial— porque allí se forman y de eso están compuestas.

Las fronteras no gozan de buena reputación en el mundo globalizado. Identificadas como obstáculos para la circulación de bienes, servicios y personas, liberales y anarquistas, defensores del libre comercio y abanderados de las minorías nacionales y étnicas, coinciden en atacar la frontera por su función represiva. Este libro contiene una mirada menos unilateral de la frontera, para considerar no sólo su articulación autoritaria, sino también sus efectos productivos sobre las identidades locales y su condición de refugio —línea de fuga para subalternos y perseguidos políticos— en culturas marcadas por la voluntad de control.



Alvaro Fernández Bravo es profesor en la Universidad de San Andrés.

libros/libros

Elogio de un falsario, o el retorno del sujeto

Florencia Garramuño

SANTIAGO, Silvano. *O falso mentiroso*; memorias. Río de Janeiro: Rocco, 2004.

Ya se trate de autobiografía ficticia o de autobiografía verdadera, el género autobiográfico se sostiene sobre dos ilusiones tenaces: la ilusión del sujeto y la ilusión de la experiencia. Si en la primera persona se reconoce al sujeto como yo, el relato de una vida —y no ya de un acontecimiento, o de una historia— describe cierta adherencia obcecada a una experiencia personal. Más que de una “historia”, o de un argumento —de una *plot* o de una intriga—, en la autobiografía se trata de la experiencia concebida, al modo proustiano, como *durée*, como extensión que dibuja, en su extenderse, al sujeto. Una y otra de estas ilusiones han recibido el embate de la literatura y del arte del siglo veinte, aunque ninguno de estos embates —y algunos fueron

feroces— parecen haber alcanzado, sin embargo, el núcleo que sostenía estas dos ilusiones: la noción de autonomía literaria, que se mantuvo impertérrita, por lo menos desde fines del siglo diecinueve hasta fines del veinte, a pesar de los intentos voluntariosos de algunas vanguardias.

Contra esta noción de autonomía trabaja la última novela de Silvano Santiago, *O falso mentiroso*. Y en ello reside, ya no su novedad, sino su radical contemporaneidad. Si la noción de autonomía implicaba que el sujeto se constituyera a través de la escritura de sí concebida como un suceder en el que se cristaliza la experiencia, el estallido del sujeto y la transformación de la experiencia en devenir de esta novela construyen una no-

ción de heteronomía fundamental que desestabiliza toda economía narrativa.

Cuando Samuel, el pícaro narrador y protagonista, decide convertirse en pintor en contra del deseo de sus padres—arquitecto propone el mandato paterno, abogado el materno— su elección se dirige hacia la falsificación de cuadros. Para evitar “ser vanguardista y modernoso” como muchos de sus colegas de Bellas Artes en pleno auge del abstraccionismo geométrico puesto de moda por las primeras bienales paulistas, Samuel se convierte en un falsario y falsifica en tela los grabados de Goeldi. Esa falsificación intenta llevar a la tela la benjaminiana reproductibilidad técnica del grabado, oponiéndose al aura del “original”, no en pos de una extensión o multiplicación de ese aura, sino en el estallido de la idea del original en tanto hecho único e irrepetible.

Pero antes de ser un falsario, o además, Samuel también es un hijo falso. Las versiones proliferan: bebé vendido por una enfermera corrupta a un matrimonio estéril, o hijo que su padre tuvo, a pedido de su madre adoptiva —y mujer